

Los hijos del maíz y de la yuca

(Introducción a la literatura indígena de Centroamérica)

I

La presencia indígena en la literatura centroamericana tuvo su mayor arraigo y desarrollo en Guatemala, o sea, en el territorio que llegaría a constituir —durante el coloniaje español— la más importante provincia del antiguo Reino del mismo nombre. Allí surgieron textos representativos de las culturas pertenecientes al área maya como el *Popol Vuh* y el *Memorial de Solalá* (mejor conocido por *Anales de los Cakchiqueles*), cuyos manuscritos se hallaron, respectivamente, en el pueblo de Santo Tomás de Chichicastenango a principios del siglo XVIII y en el archivo del convento de San Francisco, de la ciudad de Guatemala, en 1844.

Si el primero es la Biblia de los hijos del maíz —y, en concreto, la saga cosmogónica y legendaria de los quichés—, el segundo —no exento de dimensión mítica— proporciona numerosos datos históricos de los propios *xabil* o *cakchiqueles*, ubicados de 1557 a 1620. Y ambos fueron vertidos al español por sus descubridores: el *Popol Vuh*, antes de 1721, por fray Francisco Ximénez; y el testimonio de los cakchiqueles, desde 1873, por don Juan Gavarrete.

Productos de la tradición oral, dichos libros ejemplifican la cultura de Mesoamérica que, como la fijó Paul Kirchoff, comprende el centro y sur de México, la mitad occidental tanto de Guatemala como de Honduras, todo El Salvador, la zona del Pacífico de Nicaragua y la región noroeste, o del golfo de Nicoya, de Costa Rica. Pero no constituyen los únicos documentos legados por la transmisión de la palabra antigua en la actual Centroamérica. La misma Guatemala ofrece —aparte de otras tres obras significativas— doce manuscritos más en lenguas indígenas, redactados después de la conquista, con la marca esencial de la mentalidad precolombina. Entre ellos figuran los de Juan Francisco Gómez, Akzip y Juan Torres Calel Cacoj y Atziquiñak en quiché, el manuscrito cakchiquel o título de Aruchilabá, el quetchí o título de Purón Chitabal, uno en pipil, otro en pomán y el manuscrito tzutujil que citó muchas veces el abate Carlos Etienne Brasseur de Bourbourg. Desgraciadamente, sus originales desaparecieron y sólo es posible apreciarlos a través de fragmentos y referencias.

No es el caso de las tres obras ya referidas: el *Título de los Señores de Totonicapán*, cuya redacción data de 1554 y su traducción española, emprendida por el cura indígena José Domingo Chonay, de 1834; el *Título de la casa de Ixquib Nibaib, señor del terri-*

torio de Otzoya, escrito después del siglo XVI y no aparecido, es español, hasta 1876; y el drama-ballet *El Varón de Rabinal* o *Rabinal Achí*, dictado en 1856 por el anciano Bartolo Ziz a Brasseur de Bourbourg y publicado en 1862. Las dos primeras —como, en general, los manuscritos anteriores— denuncian la violencia de la conquista y la última fija el espíritu guerrero de los quichés, al margen de toda influencia occidental.

Pero mucho más subyace en esos primigenios libros del pueblo guatemalteco que expresó en ellos sus condiciones sociales y las aspiraciones de su cultura. El *Popol Vuh*, por ejemplo, supera en riqueza mítica y fabulación poética a *Los Libros del Chillam Balán* de sus vecinos mayas, asentados en las tierras bajas de la península de Yucatán; y los *Anales de los Cakchiqueles*, signados por la preocupación cronológica como hombres medidores del tiempo que eran, registran una versión o *visión* de los vencidos tan valiosa y emocionante como la de los aztecas, estudiada por Miguel León Portilla.

Insistamos en valorar esos dos indelebles testimonios histórico-literarios, reconociendo en el *Popol Vuh* o *Libro del Consejo* —como también se le conoce— su carácter de texto sagrado, singular y completo, de una civilización aborigen; y que admite parangonarse con el *Rig Veda*, el *Zend Avesta* y, guardando las proporciones, con el *Génesis* bíblico. Trata, pues, del origen del mundo y de la creación del hombre a partir del maíz, tras frustrados intentos con el barro y la madera. El primer tema ha sido recreado, poemáticamente, por Ernesto Cardenal:

Así está dicho en las historias quichés,
 todo lo que dijeron, todo lo que hicieron,
 en el alba de la vida, en el alba de la historia.
 Pintaremos esto ya dentro de la Ley de Dios, ya dentro del Cristianismo.
 Lo contaremos aquí porque ya no se tiene la visión del Libro del Consejo,
 la visión del alba, de la venida de la otra parte del mar,
 de nuestra oscuridad, la visión del alba de la vida, como se dice.
 Existía el libro original, pintado antaño, pero está oculto al lector, al pensador.
 Grande era su descripción, su relato,
 de cómo aconteció el nacimiento de todo el cielo y de la tierra,
 y todo fue repartido en cuatro partes,
 cómo todo fue trazado y medido, y se trajo la cuerda de medir
 y fue extendida en el cielo y en la tierra,
 en los cuatro ángulos, en los cuatro rincones,
 según la palabra del Poderoso, del Formador,
 la Madre y el Padre de la vida, de lo creado,
 de lo que respira, de lo que palpita,
 de lo que engendra, de lo que piensa,
 Luz de las tribus, Luz de los hijos,
 el que piensa en la bondad de todo lo que está en el cielo,
 en la tierra, en los lagos, en el mar.

Este es el relato de cómo todo estaba en suspenso,
 todo tranquilo, todo silencioso, todo inmóvil, todo quieto, todo vacío, en el cielo.
 Esta es la primera relación, el primer discurso...¹

El segundo tema lo presenta, en prosa, Ernesto Gutiérrez: «Y los cuatro primeros hombres fueron hechos —dice en un fragmento—: Balán Quitze, Balam-Agab, Mahu-

¹ Ernesto Cardenal: «Relato de la Creación según el Popol Vuh», en *La Prensa Literaria, Managua*, 11 de noviembre, 1973 (versión arreglada por Ernesto Cardenal).

cutah e Igi-Balam; no nacidos de mujer, sino modelados y formados se les llamó. Y su creación y formación fue un prodigio, un verdadero encantamiento; perfectos y hermosos hablaron y razonaron, vieron y oyeron, anduvieron y palparon. Fue y existió en ellos el pensamiento. Su vista lo abarcó todo, lo visible y lo invisible, lo manifiesto y lo oculto, lo del cielo y lo de la tierra. Y grande fue su sabiduría, su genio se extendió sobre los bosques y las rocas, sobre los lagos y los mares, sobre los montes y los valles. Y al Creador y al Formador se dirigieron diciéndoles: os damos gracias porque hablamos, oímos, andamos, sentimos, pensamos y conocemos; gracias porque vemos lo visible y lo oculto, lo cercano y lo distante y entendemos todas las cosas. *No está bien, dijeron los dioses, limitémoslos, porque se pueden volver iguales a nosotros, que se queden en simples criaturas, que nos reconozcan y nos honren.* Vino el Corazón del Cielo, y así como el vapor empaña la luna del espejo, con una nube les enturbió los ojos, y desde entonces no vieron sino lo cercano, y lo oculto quedó oculto, y no entendieron sino algunas cosas».²

El *Popol Vuh*, además, contiene tanto pasajes inherentes a la mitología y las migraciones de los quichés como fragmentos que revelan un profundo conocimiento de la psicología humana. Y entre los últimos figuran situaciones dramáticas, originales descripciones líricas e inolvidables narraciones como la *Historia de Cabracán* y la *Historia de la Doncella Ixquic*, versificada admirablemente por Francisco Pérez Estrada:

Por amor concibió Ixquic;
por amor y por magia.
De un árbol de jícaro,
del espíritu de los árboles.

Virgen quedó Ixquic
después que parió a Hunapuh
después que parió a Ixbalanqué.

El corazón de Ixquic
perfumó la cólera de su padre.
La creía ramera
su padre, Cuchimaquic,
los amigos de su padre:
Hun Camé y Vacub Camé;
ramera la creían
las gentes de Xibalbá.

Ella era una mazorca tierna.
Virgen, su corazón virgen.
Virgen, su cuerpo virgen.
Rosa mística
¡Castísima!
¡Torre de marfil!
¡Inmaculada!

² Ernesto Gutiérrez: «La creación del hombre» (arreglo de los textos que sobre este tema aparecen en el *Popol Vuh*), en *En mí y no estando. Antología poética (Managua)*. Editorial Nueva Nicaragua (1983), pp. 162-163.

¿De quién es el hijo que tienes en el vientre,
hija mía? Y ella contestó:
«No tengo hijo, señor padre,
aún no he conocido varón».

Cuchumaquic, su padre, no sabía;
Hun Camé, no sabía;
ni los de Xibalbá sabían.
Nadie sabía.
Sólo el corazón del Cielo, lo sabía.
Sólo el espíritu de todas las cosas, lo sabía.

Los buhos fueron encargados de sacrificarla.
Cuatro fueron los que llevaron la jícara,
para traer su sangre,
para traer su corazón.

Pero se condolieron de Ixquic
y en vez de su sangre,
en vez de su corazón,
llevaron la savia del *Arbol rojo de grana*.

Cuando los señores quemaron la sangre de Ixquic,
la sangre que llevaron los mensajeros,
la que llevaron los buhos,
«comenzaron a sentir el olor los de Xibalbá,
y sentían muy dulce la fragancia de la sangre»,
porque en realidad era virgen Ixquic.³

Volviendo a los *Anales de los Cakchiqueles* o *de los Xahil* —conocidos también con el título de *Memorial de Tecpan Atitlán*—, debemos advertir que compendian la existencia histórica del pueblo cakchiquel. No en vano se estructuró, a mediados del siglo XVII, en un título de propiedad para un proceso, con un claro propósito reivindicativo de tierras. Obra colectiva, su primer autor —un miembro de la familia Xahil— rescata, en lengua española, las tradiciones de sus antepasados; el segundo —otro miembro del clan familiar— lo continúa, narrando batallas y gobiernos de los suyos hasta la época de la conquista española; y luego, otros indígenas transforman el libro en una especie de diario, en el que evocan nacimientos y muertes, pleitos agrarios, eclipses, terremotos, etc. Vivas, sencillas y dramáticas, sus mejores descripciones poseen un memorable dinamismo bélico:

Cuando apareció el sol en el horizonte y cayó su luz sobre la montaña, estallaron los alaridos y gritos de guerra y se desplegaron las banderas, resonaron las grandes flautas, los tambores y las caracolas. Fue verdaderamente terrible cuando llegaron los quichés. Pero con gran rapidez bajaron a rodearlos los cakchiqueles, ocultándose para formar un círculo; y llegando al pie del cerro se acercaron a la orilla del río, aislando las casas del río, lo mismo que a los servidores de los reyes Tepepul e Iztayul, que iban acompañando al dios. En seguida fueron al encuentro. El chóque fue verdaderamente terrible. Resonaban los alaridos, los gritos de guerra, las flautas, el redoble de los tambores y las caracolas, mientras sus guerreros ejecutaban sus actos de

³ Francisco Pérez Estrada: «La virgen quiché», en *Chinazte. Poemas. Managua, Ediciones Nacionales, 1975, pp. 9-10.*